

Olor de santidad. San Rafael Guízar y Valencia: articulaciones históricas, políticas y simbólicas de una devoción popular*

Hace tres años, en el 2003, el doctor Félix Báez-Jorge publicó el libro titulado: *Los disfraces del diablo (Ensayo sobre la reinterpretación de la noción cristiana del mal en Mesoamérica)* en donde dirimía la metamorfosis del Mal en el imaginario cristiano y su trasplante a las culturas mesoamericanas. Ahora, con la agudeza crítica que caracteriza a su trabajo de investigación, nos ofrece un análisis exhaustivo sobre la personalidad de don Rafael Guízar y Valencia en el marco histórico que le tocó vivir y realizar su apostolado. *Olor de santidad* es un título opuesto a *Los disfraces del diablo*, sin lugar a dudas. Confrontando ambos libros puede parecer curioso que las temáticas se contrasten a primera vista: del mal a la virtud hay de por medio un abismo. Sin embargo, la oposición es ilusoria. Ambos términos, la maldad y la santidad, son simétricos en la medida en que constituyen el haz y el envés de la especie humana. No pueden existir separados por irreconciliables que

parezcan. El santo, para alcanzar esta dignidad, debe conocer el Mal, pues si éste no figurara en su horizonte de expectativas, ¿cómo, entonces, podría cumplir con su misión, que es la de salvar las almas de los pecadores? Una dialéctica erizada de contradicciones en cuyo centro se sitúa a los ungidos por la gracia de la iluminación.

Félix Báez plantea la peripecia de un hombre que estaba predestinado a llegar a los altares desde la juventud. Tal y como describe Joseph Campbell la aventura de los elegidos en su renombrado libro *El héroe de las mil caras*, la vida de don Rafael empieza por un llamado que en este caso particular es la “forma súbita” como “descubre su vocación religiosa por el supuesto intermedio de la voluntad divina” (p. 81). Después de la iluminación, Campbell señala que el héroe, para cumplir con el destino que le ha sido prescrito, debe atravesar el umbral del espacio conocido bajo la admonición de enfrentar las trampas, las tentaciones y los obstáculos del mundo a fin de probar su capacidad de resistencia física y moral. Si consigue superar las pruebas que le imponen los hombres y los demonios, entonces volverá a la comunidad de donde ha salido con la

* Félix Báez-Jorge, *Olor de santidad. San Rafael Guízar y Valencia: articulaciones históricas, políticas y simbólicas de una devoción popular*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2006, 630 pp.

conquista de una nueva identidad que servirá de modelo a las futuras generaciones. La novela moderna es rica en la temática de los iniciados. Pensemos, por ejemplo, en *Narciso y Goldmundo*, de Hermann Hesse, *Tonio Kröger*, de Thomas Mann, y *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce. Se me argumentará, claro está, que es literatura y no itinerario sacral. Pero lo significativo del hecho es que el mito pagano y el mito cristiano tienen tantos elementos en común que sería necio no establecer las debidas analogías. Y el libro de Félix Báez está para probarlo.

Acudiendo a las herramientas metodológicas que le proporcionan la antropología, la historia, la etnografía y otras disciplinas afines, Félix Báez se propone estudiar la trayectoria de san Rafael desde “tres ejes analíticos: histórico-espacial, simbólico y político”, comparando los aportes de este enfoque multidisciplinario con los testimonios y creencias de quienes desde la atalaya de la religión sólo dan crédito a lo que les dicta la fe, sin tomar en cuenta el contexto en que la experiencia mística se produce y concreta. La feligresía olvida o ignora que los santos también han sido entes históricos, a menudo contradictorios, que han transado con el poder terrenal cuando lo creyeron conveniente para su misión pastoral. Sus flaquezas pueden ser justificadas pero no por eso pasadas por alto.

La investigación hace hincapié en el contexto turbulento en que fue desarrollándose el apostolado del ilustre prelado. Nacido el 26 de abril de 1878 en Cotija de la Paz, “pueblo serrano de Michoacán”, la vida de Guízar y Valencia transcurre en tres periodos capitales de la historia de México: el Porfiriato, la Revolución y el movimiento cristero. El libro de Báez documenta minuciosamente el acontecer político y social de esos años como marco de referencia indispensable para establecer las relaciones pacíficas o conflictivas entre el Estado y la Iglesia, y esclarecer el papel determinante que jugó nuestro ilustre personaje en el entramado de estas aproximaciones o divorcios entre el poder secular y el religioso. Con objetividad, el autor pone de manifiesto la actitud intransigente que ha asumido con frecuencia la Iglesia católica en México ante los cambios que puedan representar modificaciones a las estructuras establecidas. Tan es así que el propio san Rafael tuvo que enfrentarse con varios prelados que oponían fuerte resistencia a su labor catequizadora, lo cual testimonia que en las altas esferas eclesiásticas es más importante preservar el reino de este mundo que procurar la salvación de las almas.

Cabe asimismo recordar que la animadversión de los constitucionales hacia el clero derivó en una persecución abierta a las prácticas religiosas, lo que obligó a monseñor

Guízar y Valencia a exiliarse en Guatemala y Cuba, donde fue preconizado obispo de Veracruz el 1 de agosto de 1919, “sin esperar las Bulas Apostólicas” (p. 151). Con esta designación se iniciará una nueva faceta del carismático prelado en medio del levantamiento cristero que desgarró a la nación. Este conflicto, que sigue inflamando la conciencia de muchos católicos, sería decisivo para probar el temple y la habilidad política del obispo de Veracruz. Sin apasionamientos doctrinarios ni comentarios tendenciosos, Félix Báez analiza con especial cuidado los tiempos tormentosos en que se dirimió la misión pastoral del “enviado de Dios”, como muchos lo llamaban.

En otro orden de ideas, en varias páginas de este libro penetramos en los dominios de lo fantástico y lo maravilloso con que el imaginario colectivo se ha encargado de adosar la biografía del nuevo santo. Desde una perspectiva materialista tales hechos no pueden pasar de meras fabulaciones producto de una fantasía exaltada por el fanatismo y la superstición; pero desde la percepción literaria, eventos de esta naturaleza tienen implicaciones más profundas. En esas visiones los escritores y los artistas perciben una *segunda realidad* que la visión normal no capta. Por eso los místicos y los creadores tienen mucho en común en cuanto a la forma como captan el mundo físico, pues para

ellos el registro de los sentidos y los fríos mecanismos deductivos no son medios confiables para aprehender los enigmas que oculta la realidad cotidiana. Digo esto porque varios episodios sobrenaturales que registra el libro, remiten sin dilación a novelas y relatos de corte fantástico que han marcado verdaderos hitos en la historia de la literatura. Por ejemplo, *El monje*, de Lewis, *Los elixires del diablo*, de Hoffmann, *Madre Juana de los Ángeles*, de Iwaszkiewicz, y los famosos relatos de Gogol, el extraordinario escritor ruso.

A este último me remitió el pasaje que cuenta la terrorífica experiencia que tuvo don Rafael con “el pretendido encuentro con el diablo” (p. 90) mientras oraba en una iglesia de pueblo. En el momento de la oración, una mujer de la casa cural que lo acompañaba, “voló” misteriosamente hasta la linterna de la cúpula, donde quedó colgada”, mientras la mesa para decir misa y las bancas se arrastraban por toda la iglesia en una espantosa zarabanda. Es sorprendente que Gogol plasme una situación parecida, en un relato cuya historia sucede en un santuario de una apartada aldea de Ucrania en el siglo XIX. En la experiencia narrada por el santo y en la anécdota del novelista ruso, hay elementos sobrenaturales que desafían la lógica y el sentido común. Como decía Cortázar, no hay un fantástico cerrado sino abierto; por lo consiguiente, el

receptor de estas historias puede o no creer en ellas. Lo cierto es que alimentan la fe, en los asuntos que atañen a la religión, o el asombro, si es el caso de la literatura.

Witold Gombrowicz, el genial escritor polaco, dijo en una ocasión algunas palabras que me parece oportuno citar aquí: “que la realidad del hombre no es tan sólo lo que hay en él de normal y sano, sino también todo lo que en él es anormal y enfermizo, y que ofrece posibilidades desconocidas”. *Olor de santidad* nos muestra dos facetas complementarias de un mismo ser humano: el hombre y el santo. Dicotomía y complementación que están sugeridas desde el retrato segmentado de monseñor que ilustra la portada: en la parte de la derecha aparece con birrete; en la izquierda, sin el aditamento. El estudio de Félix Báez propone una lectura múltiple de una personalidad en extremo compleja. Resta al lector unir las dos partes de la ilustración. O bien conservar una sola. Todo dependerá de la apertura mental de cada quien para las cuestiones que atañen lo mismo al espíritu que a la materia. Los dos extremos donde se dirime la santidad y el paso del hombre sobre la tierra.

Mario Muñoz

Instituto de Investigaciones
Lingüístico-Literarias,
Universidad Veracruzana

Voy a iniciar mi comentario parafraseando algunas de las reflexiones del propio autor y que han sido entresacadas de su obra: *Olor de santidad. San Rafael Guízár y Valencia: articulaciones históricas, políticas y simbólicas de una devoción popular*, libro publicado recientemente por la Universidad Veracruzana (2006) en su colección Biblioteca.

Félix Báez-Jorge señala que en “este libro los lectores hallarán las huellas de un hombre antes que las de un santo”. De un hombre que fue “controvertido por unos y venerado por otros” por sus múltiples facetas que le permitieron actuar y ser protagonista durante los años convulsos de la Revolución mexicana y posteriores a ella. Hijo de acaudalada familia de terratenientes que eligió como modo de vida y destino el ejercicio del sacerdocio. Misión que realizó tanto en su ministerio de fe como también en el campo de la política ligado al Partido Católico Nacional. Un hombre complejo que supo entrelazar su devoción por el sacerdocio, su habilidad como negociante y su actitud de guerrero que combatió a los enemigos de la Iglesia. En fin, un hombre singular que supo labrar con habilidad creativa en el campo de su labor evangelizadora, y operar en un contexto social y político plagado de conflictos. Quehacer del destino que

lo interrelacionó con el activismo político, y en el que él mismo coadyuvó para convertirse en “núcleo de leyendas y exaltaciones imaginativas” que prefiguraron su perfil de santo en el contexto de la devoción popular.

Olor de santidad, pese al título que alude a la fragancia de perfume que exuda el cadáver de un santo en vez de olor a corrupción, no es una obra apologética y mucho menos una exégesis de la vida de san Rafael Guízar y Valencia. Tampoco es un texto en el que se busque la defensa o el ataque a un credo. Es, eso sí, un texto que está ubicado en la perspectiva histórico-antropológica, ángulo desde el cual se analizan las ideas, las prácticas, la razón de vida y el compromiso que como sacerdote y hombre tuvo Guízar y Valencia dentro del contexto social, político y cultural en el que le tocó actuar. Se resaltan, de igual forma, los rasgos que hicieron de su vida un transcurrir excepcional, situaciones laberínticas en las que contrastan las vicisitudes místicas con las veleidades políticas, los compromisos existenciales con las confrontaciones ideológicas, siempre en el marco de la defensa irrenunciable de su fe frente a cualquier otra motivación existencial.

A lo largo de las 630 páginas, el lector siempre se encontrará inmerso en un viaje lleno de sorpresas. Desde aquellas que resaltan la anécdota de la conducta infantil intachable, los arrebatos místicos o el valor de encarar y

desarmar a un hombre, hasta su actitud de profundo compromiso evangelizador y duro opositor de la secularización del Estado. Sin embargo, *Olor de santidad* no es una crónica salpicada por la anécdota y la exaltación beatífica; *Olor de santidad* es el resultado de un fino, prolongado y riguroso trabajo de investigación situado en la dimensión historiográfica y entretreído con la historia y la antropología, el psicoanálisis y la política.

Su análisis gira en torno a tres elementos fundamentales:

- 1) El interés cognoscitivo se orientó hacia la develación de los procesos sociales complejos que fueron marcando la dinámica de bifurcación familiar, política y eclesial, entramado penetrante y de difícil revelación, pero que fue fundamental para comprender las continuidades que delimitaron los acontecimientos históricos. En este sentido, el autor no pierde de vista los procesos de cambio social, las contradicciones políticas y la compleja dinámica histórica que entretrejieron los acontecimientos en una fina red de tiempos cortos y tiempos de larga duración.
- 2) En la visión hologramática, es decir, en la explicación que percibe el todo en la parte. Los hechos evidenciados tienen un riguroso soporte en testimonios históricos de corte documental y oral, así como

en el análisis de la construcción intersubjetiva de los diversos actores que es síntesis de la compleja percepción de las ideas. Coordinadas que ubican la obra en el campo de la historia de las mentalidades al articular con maestría el pensamiento del contexto social en sus diversas expresiones y grupos sociales, la visión eclesial y evangelizadora, la conducta personal y, sobre todo, las representaciones colectivas que son soporte del imaginario popular, vía de expresión y construcción simbólica que juega un importante papel autoevangelizador.

- 3) El tercer elemento refiere a la búsqueda del hombre. Del primado con precedencia que desde su interior y en su devenir permanente, construyó su existencia y razón de vida. A través de su biografía explora experiencias individuales y familiares, construcciones imaginarias, vivencias espirituales, actitudes manifiestas en la acción y en la prédica, articulaciones políticas y el espíritu de búsqueda de la singularidad cristiana que lo condujo a la trascendencia histórica.

Como ya se podrá haber apreciado, *Olor de santidad* es una obra compleja y con rigor metodológico muy alejada de ser un trabajo de coyuntura elaborado al calor y bajo la emoción de la canonización de Rafael Guízar y

Valencia. Que haya coincidido con el acto litúrgico de su canonización es un capricho de la historia; o tal vez destino de confluencia inevitable.

Y digo de “confluencia inevitable” porque Félix Báez-Jorge acarició, o mejor dicho, maduró el proyecto que culminó en la obra que hoy presentamos, desde hace mucho tiempo. En su niñez, como él mismo lo consigna en su “Apéndice autobiográfico”, emergieron preguntas e inquietudes del cultivo de las profundas e intensas vivencias familiares que lo colocaron dentro de los giros simbólicos de la creencia en la santidad y la representación del imaginario popular.

Así, cuenta el autor, en su adolescencia se preguntó por qué existían tantas vírgenes siendo a la vez una sola. Asombro que no fue olvidado y se convirtió en pregunta fundamental y la pregunta en núcleo de una vocación científica que desembocó en la creatividad antropológica que ha sido plataforma conceptual para transitar por las diversas rutas de la etnología y de la historia, el indigenismo y la religión, ámbitos del conocimiento y de la praxis en los que la construcción y la explicación de los fenómenos socioreligiosos han ocupado buena parte, o mejor dicho, han sido tema central desde que publicó, en 1988, *Los oficios de las diosas*.

De las madres telúricas siguieron *Las voces del agua* (1992), profundidad desde la que cantan las sirenas

para verse *Entre los nagueles y los santos* (1998) que se mimetizan con *Los disfraces del diablo* (2003) que es exorcizado por *Olor de santidad*. Permanente trillar cognitivo en el que se da respuesta, primero, a la pregunta acerca del porqué de las advocaciones marianas. Luego se aclara cómo surgen los mitos y las alegorías simbólicas. Posteriormente se explica la dinámica de los procesos sincréticos y las implicaciones imaginarias del bien y del mal como fuente supranatural para, finalmente, llegar a resolver el asombro que le provocó la ambivalencia de lo sagrado.

En muchas ocasiones platicamos de su interés por estudiar las implicaciones de lo que representaba para el imaginario popular, la sociedad hegemónica jalapeña, la Iglesia y el Estado, la figura de Rafael Guízar y Valencia. Pláticas y reflexiones que surgieron asociadas al hallazgo de un nuevo dato histórico, documental u oral, que había encontrado y recabado aquí y allá, lo mismo en México que en Cuba. Así, poco a poco y con gran paciencia franciscana, fue acumulando evidencias históricas y antropológicas, a la par de un sólido repertorio teórico y metodológico.

Echemos tan sólo un vistazo a la sección de “Bibliografía y fuentes” para corroborar la intensa búsqueda y el dilatado radio en el rastreo de información. En primer plano presenta una amplia gama de libros y

artículos, 232 en total, relacionados con el contexto histórico de la época estudiada; historia de la mentalidad y de la religión; antropología simbólica; estudios comparativos de religión y mito, y pensamiento eclesial. Sigue un conjunto de documentos vinculados con san Rafael Guízar y Valencia, las Comunidades de Reflexión Eclesial y, sobre todo, el acervo documental del proceso de beatificación y canonización. En tercer orden destaca la hemerografía, consulta que obligó a la revisión de la prensa del último cuarto del siglo XIX en México, Veracruz y Morelia, así como de la primera mitad del siglo XX en Veracruz, Xalapa, Orizaba y Cuba. Finalmente presenta un listado de archivos y bibliotecas: Archivo del Arzobispado de Xalapa, Archivo del Estado de Veracruz (Fondo Tejeda), Archivo Municipal de Orizaba, Biblioteca del Seminario Interdiocesano de Xalapa “Rafael Guízar y Valencia” y Biblioteca Nacional de Cuba (Fondo Hemerográfico). Y desde luego la amplia gama de entrevistas que consigna en las notas a pie de página y la intensa observación realizada en diversos espacios y contextos, herramientas fundamentales en el trabajo antropológico y de historia oral.

Como se puede apreciar, la investigación que está detrás de cada línea y de cada capítulo, de la detallada descripción explicativa y de las profundas reflexiones narradas en prosa

ágil, clara y directa, no es resultado de un trabajo que pueda realizarse en unos cuantos meses, ni siquiera en un año o dos, sino que es el producto de una larga búsqueda que llevó mucho tiempo, y sobre todo de la confluencia de la motivación intrínseca y de la madurez intelectual que en constante experiencia de flujo mantiene libre la creatividad productiva.

No voy a describir el contenido capitular del libro. Esa tarea le corresponde al lector, tanto al profano en el tema como al especialista, al curioso como al devoto. Sí, en cambio, apuntaré algunos aspectos relacionados con la metodología y el enfoque historiográfico.

Mencionamos en líneas anteriores la visión hologramática del autor. Una concepción que incluye la explicación integral del suceso histórico en la que el todo está en la parte. La vida de San Rafael Guízar y Valencia no fue un acontecimiento aislado y fortuito que se dio sólo en el seno de la Iglesia católica. De ninguna manera. Su vida tuvo múltiples articulaciones con el todo social que implicaron aspectos familiares, económicos, evangelizadores, eclesiales y culturales entrelazados por la trama de la política de la que fue un activo participante. Pero también su personalidad creativa y teatral, la vocación evangelizadora y el compromiso de su ministerio acorde con su pensamiento conservador, lo condujeron a actuar

de manera decidida y en reacción a las circunstancias políticas que mantenían en conflicto activo la relación Iglesia-Estado.

Para desentrañar la multiplicidad relacional, el autor recurrió al manejo de la explicación histórica de los diversos acontecimientos ocurridos a lo largo del tiempo, diacronía que le permitió ubicar la relación entre los procesos de cambio en la sociedad y las reacciones de vida de Rafael Guízar y Valencia. Sucesos de nivel sincrónico que le guiaron para destacar los hechos en un momento de la continuidad estructural.

Así, en su narrativa, Báez-Jorge recurrió a una estructuración de la trama histórica que combina el relato en el que se deja hablar a las fuentes con la explicación conceptual. De esta manera entreteje los múltiples hilos que le permitieron, a la vez, manejar el tiempo histórico en su corta y larga duración combinando la secuencia cronológica con el transcurso dialógico presente-pasado-presente, y en forma sistémica reconstruir el contexto social vivido, el estilo de su acción ministerial, la autoconstrucción mítica de una imagen y el activismo político y protagónico del que no pudo sustraerse Rafael Guízar y Valencia.

El colocar los acontecimientos en el contexto de su ocurrencia le facilitó la “coligación”, es decir, la identificación de las relaciones que ligaron al

individuo con el ámbito sociocultural, religioso y político en el que se desarrolló. Esta integración también le permitió discernir el nivel del pensamiento y la praxis socioreligiosa en tres dimensiones relacionadas:

- 1) La de la ideología, cuyas prescripciones postulan una posición y un actuar en el mundo de la praxis social.
- 2) La del conflicto, en el ámbito de la política y sus implicaciones estructurales.
- 3) Y la simbólica, emanada del imaginario colectivo popular y de la construcción social conscientemente dirigida por los actores del poder.

“En las coordenadas teóricas y conceptuales” que se corresponde con el capítulo II, señala el autor:

Frente al empirismo casuístico o la lucubración *a priori*, finco mis reflexiones en criterios orientados a superar los reduccionismos o generalizaciones que caracterizan la realidad social [...]. Es éste el permanente hilar y deshilar que caracteriza el quehacer de la pesquisa social, sobre todo cuando pretende enunciar juicios desde la perspectiva histórica (p. 33).

Y en efecto, todo hecho histórico es componente de un proceso social que no puede ser reducido a una mera descripción, como tampoco puede analizarse si se le separa del complejo sistema social. De ahí que el autor de *Olor de santidad* optara por un

enfoque analítico que no separa las partes del todo, sino por el contrario, mantiene una relación con el conjunto social.

En el capítulo III, titulado “Perfil biográfico”, no se limitó a una mera descripción genealógica y de actos de vida; por el contrario, partió del establecimiento de las conexiones de una serie de acontecimientos significativos en el ámbito familiar, individual, social y político que fueron definitorios y cimentaron la identidad social y la concepción ideológica de Guízar y Valencia, incluyendo la reacción sensorial cuya experiencia personal desembocó en el éxtasis místico del “llamado”, experiencia conocida a partir de las propias narraciones de Guízar y Valencia. Reconstrucción que rebasó la tira del anecdotario y la descripción casuística al abordar la explicación desde el conjunto de conocimientos que en diálogo interdisciplinar proporciona la historia, la antropología, el psicoanálisis y la política.

En el capítulo IV, “Las aristas de la intolerancia y el fanatismo”, continúa en esa lógica interdisciplinar, aunque ahora el énfasis está puesto en la explicación del sistema y los actores políticos que se encontraron en el espacio de las contradicciones ideológicas ubicadas en el ámbito de la religión y el ejercicio del poder, tanto en el contexto nacional como en el veracruzano.

Iglesia y Estado se han visto confrontados desde que se dio el fin de su feliz unión durante el largo periodo colonial. Una separación inevitable impuesta no por la posición ideológica de quienes les tocó realizarla, sino por la misma lógica del desarrollo capitalista mundial que exigía la movilidad y la libertad de comercio, movilidad que inevitablemente condujo a la secularización de la sociedad y la libertad de cultos. Y en esa vorágine del conflicto que llegó a su clímax con la guerra cristera, fue que creció Guízar y Valencia, ejerció su ministerio y se involucró, con pensamiento y obra, en la vida política del país.

“¿Cuál era el clima político y social que México vivía al regreso de Rafael Guízar y Valencia, después de su consagración como obispo en La Habana?” (p. 155), pregunta con la que el autor inicia el precitado capítulo y que es guía en el análisis del conjunto de problemas articulados por el clima de tensión entre Iglesia y Estado. Fanatismo e intolerancia giraron como torbellino en ambos lados, y en esa vorágine que arrastró a unos y otros hacia la confrontación, continuó el quehacer apostólico del obispo que poco a poco se fue aderezando con relatos supranaturales que se corresponden con el plano del imaginario colectivo. Una dimensión en la que política y ortodoxia religiosa son superadas por la religiosidad po-

pular, variante de la construcción simbólica y que refiere a la manera en que los pueblos conciben, practican y reproducen la religión oficial.

“Rumbo a los altares: el imaginario colectivo y el papel de la jerarquía eclesiástica”, título del capítulo V, nos conduce por los intrincados y creativos senderos de la simbólica emanada del imaginario colectivo popular, así como por el visible impulso que la Iglesia y un sector de la sociedad hegemónica jalapeña, le diera a las expresiones devocionales para seguir el camino de la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos. Aquí el autor analiza con fino detalle el cruce de la religiosidad popular, importante fuerza colectiva que da vida y reproduce el sentimiento de la fe y las devociones individuales, con el canon litúrgico de la Iglesia católica. Como también pone especial atención en la trama simbólica que estructura la fe popular y explica el renacer simbólico del santo. De igual forma resalta las oposiciones binarias, el bien y el mal, la Iglesia y el Estado, Rafael Guízar y Valencia y Adalberto Tejeda, el atraso y el progreso, la superstición y la ciencia, la humildad y la prepotencia, la protección y la persecución, oposiciones que en dialéctica articulación contribuyeron poderosamente a conjugar la imagen del santo como símbolo ritual.

Para cerrar quiero recalcar que la poética de la prefiguración, pese a la

complejidad del estudio, permite percibir y explicar el objeto y el sujeto de conocimiento, esto es, a Guízar y Valencia, dentro del conjunto social y de los sucesos registrados en los documentos, en la vivencia del protagonista, en el imaginario de los devotos y en la política de alianzas entre la Iglesia y los grupos de poder. Complejidad que el propio Félix Báez-Jorge resalta en el capítulo VI, “San Rafael Guízar y Valencia: reflexiones finales”. En él nos dice:

Construí mi pesquisa más allá de las exégesis hagiográficas y los planteamientos de la historia oficial. Hombre pluridimensional, controvertido por unos y venerado por otros, la luz de la lente histórica lo perfila de cuerpo entero: acaudalado hijo de terratenientes predestinado al ejercicio del sacerdocio; seminarista ejemplar; tenaz

misionero ajeno a los “apetitos de la carne”; implacable adversario del Diablo; potentado que aplica su riqueza a la caridad y al beneficio de la Iglesia; cotidiano practicante de la humildad; activo militante político ligado al Partido Católico Nacional; elusivo confesor de moribundos en pleno campo de batalla; obispo trashumante que auxilia a desamparados, prepara curas y enfrenta enemigos de la Iglesia; implacable juez de clérigos licenciosos; sacerdote que crece espiritualmente en el exilio; catequista innovador que anticipa los debates del Concilio Vaticano II; hábil negociante protector de peculio familiar; singular operador de la comunicación oral y escrita; núcleo de leyendas y exaltaciones imaginativas; en fin, santo prefigurado por la devoción popular (p. 45).

José Velasco Toro
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana